

OCULTA DEL REGIMEN MILITAR

Una camioneta Ford ingresó cargada con metralletas AKA. Uno de los hombres del GAP había logrado sacarlas de Tomás Moro.

De improviso surgieron carabineros de las fuerzas especiales y se inició el combate. Unos pocos partieron hacia La Legua (1).

A esa misma hora, mil 500 kilómetros al norte, en la oficina salitrera Victoria, dos mil cien trabajadores y sus familias estaban reunidos en la sede sindical y en la sala parroquial.

Por la radio escuchaban los sucesivos bandos militares leídos por el teniente coronel Roberto Guillard Marinot.

Un ruido ronco y lejano fue creciendo y aproximándose.

Algunos obreros salieron a las polvorientas calles y vieron una columna de tanques que se aproximaba por el desierto. De improviso los blindados abrieron fuego.

Los obuses se estrellaron tras sus espaldas, más allá de las casas.

Tanques y carros de asalto ingresaron al poblado.

Horas después, varios camiones, con unos 200 hombres fuertemente custodiados, salían de la salitrera.

Casi todos iban rumbo a Pisagua.

Los estadios lentos

El 12 de septiembre, el Estadio Chile, un moderno gimnasio cercano a la Estación Central, estaba lleno de hombres cabizbajos.

Un oficial rubio y alto, "El Príncipe", se paseaba observando a sus prisioneros ubicados en la cancha y en las graderías.

El folclorista Víctor Jara había sido torturado hasta lo indecible y sacado en calidad de fardo con destino desconocido.

Un detenido atacó a un soldado arrojándolo al vacío desde un tercer piso. El agresor fue muerto al instante por otro guardia. Un largo silencio invadió el recinto.

Fue roto dos horas después, cuando otro prisionero se suicidó lanzándose desde el cuarto piso.

Una semana más tarde, "El Príncipe" se quejaba de la falta de personal.

—No me alcanzan los 25 interrogadores que tengo.

En algunos cuartos subterráneos yacían presos de mayor rango, esperando ser conducidos a otros lugares de donde jamás regresarían.

Al otro lado de Santiago, el Estadio Nacional, escenario del Mundial de Fútbol de 1962, también recibía prisioneros.

Eran ubicados por categorías: los obreros en una parte, al mando de un oficial apodado "Cóndor"; los intelectuales en otra, los extranjeros en un lugar especial, las mujeres



1



2



6



7



8



en la piscina.

Pronto, los detenidos percibieron que hombres con acento extranjero participaban en los interrogatorios.

Esas sesiones se efectuaban en el velódromo y en los pisos superiores del sector tribunas. Allí operaban varios de los hombres que más tarde serían claves en la DINA.

El 4 de noviembre, entre las 9 y las 14 horas, se permitió el ingreso de familiares y pocos días después los presos fueron desalojados hacia el campo de concentración de Chacabuco.

Por los camarines, escotillas y galerías del estadio pasaron más de siete mil detenidos. Cerca de un centenar, a lo menos, murió fusilado allí mismo.

Entre ellos un mayor de Ejército, Mario Lavandero Lataste, que decidió evitar la muerte de 41 uruguayos y se los entregó al embajador de Suecia en Chile (2).

Orlando Letelier llegó el miércoles 12 de septiembre a la Escuela Militar.

Venía del regimiento Tacna. Guardaba silencio. Estaba muy afectado por lo que había visto en la unidad militar si-

tuada frente al Parque Cousiño.

Allí tenían a Eduardo Cocco Paredes, a una docena de detectives y a miembros del GAP.

Tras las alambradas

En la Escuela Militar permanecían Clodomiro Almeyda, Edgardo Enriquez, Enrique Kirberg, Anibal Palma, Daniel Vergara, Aniceto Rodríguez y otros personeros de la Unidad Popular.

El sábado 15, temprano, un oficial anunció que saldrían de viaje. A los pocos minutos volaban hacia el sur en un avión de la FACH.

Al descender, el viento austral les golpeó la cara.

Les colocaron un capuchón, los subieron a un bus y de ahí a una playa, con el agua hasta la rodilla, mientras un oficial les comunicaba que eran prisioneros de guerra y que serían tratados según los acuerdos de la Convención de Ginebra.

Habían llegado a la isla Dawson, al sur del estrecho de Magallanes.

Otros campos similares se habilitaron a lo largo del territorio: la isla Quiriquina, frente a la bahía de Talcahuano, donde se llegó a mantener a unas mil personas; el Estadio Regional de Concepción; Tejas Verdes, al lado de San Antonio; Ritoque, en el balneario de Quintero; Puchuncavi; Tres y Cuatro Alamos, en Santiago.

A ellos se sumaban regimientos, bases aéreas y navales, cuarteles policiales, casas especialmente acondicionadas e incluso buques.

Faltaban minutos para las 10 de la noche del día 11.

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta de la casa del regidor de Valparaíso, Maximiliano Marholz.

Al abrir se encontró con el prefecto de Carabineros, el general Rodolfo Stange. El trato fue amable. Subió a una camioneta donde iban el Superintendente de Aduanas y un abogado asesor del Ministerio del Interior. Llegaron al molo y lo subieron en un bote.

Poco después llegaba a bordo de la *Esmeralda*. Le ordenaron desnudarse y luego vinieron golpes, descargas eléc-

tricas, duchas frías y más golpes. A los cinco días orinaba sangre.

Lo trasladaron al *Lebu*.

El abogado Luis Vega, en tanto, era obligado a subirse a la espalda sangrante de un director de la Empresa Nacional de Minería, y aplastar con sus pies la sal que habían derramado sobre las llagas abiertas.

Allí estaba también el sacerdote Miguel Woodward, que no pudo resistir las torturas, muriendo en las bodegas del barco.

Otros sacerdotes sufrirían igual calvario.

Joan Alsina fue detenido el viernes 14 en el hospital San Juan de Dios. Su cadáver fue encontrado en las riberas del río Mapocho.

El 1º de octubre fue arrestado el sacerdote Antonio Llidó: permanece desaparecido hasta hoy (3).

Corvos, balas y entierros

El 13 de septiembre un piquete de carabineros inició en Laja, en la provincia de Los